

dichos carismas sólo son útiles para el bien de la Iglesia, para la edificación de los demás, pero no para la propia santificación; • y que el medio más perfecto para santificarse es la caridad, a la cual deben aspirar con todas sus fuerzas, y en la cual debe estribar toda su vida espiritual.

4º Una duda dogmática: la resurrección de los muertos. No siempre todos los fieles estuvieron firmes en la fe: se les pudieron plantear dudas sobre verdades capitales, que los pastores debían disipar con su enseñanza. El ejemplo típico a este respecto es la duda sobre la resurrección de los muertos. Algunos de los cristianos de Corinto, impregnados aún de los prejuicios del paganismo, no podían concebir la resurrección de los muertos, y la interpretaban de una resurrección puramente espiritual. Era un error sobre una verdad demasiado importante, claramente enunciada en el Credo.

San Pablo, para refutar semejante error, procede a afirmar la verdad de la resurrección de todos los hombres: • probándola con la resurrección de Cristo, atestiguada por las apariciones a los apóstoles, y con las consecuencias absurdas que resultarían de la negación de esta verdad: la predicación de los apóstoles sería vana y falso su testimonio, y vana sería también la fe de los fieles y su esperanza de salvación; • y señalando luego el modo de la resurrección, y las cualidades de los cuerpos resucitados.

Conclusión.

Dejamos de comentar otros problemas mencionados en la primera Epístola a los Corintios, tales como los pleitos de los cristianos ante los tribunales paganos, las mujeres sin velo en la iglesia, el caso de un cristiano incestuoso tolerado en la comunidad. Basten los señalados para darse cuenta de las dificultades, vacilaciones y pruebas que supuso para los primeros cristianos el tener que santificarse en medio de un mundo pagano. Y, sin embargo, la historia nos muestra cómo, partiendo de esos primeros y pequeños grupos, con sus gracias y sus miserias, la gracia se fue propagando poco a poco, hasta ganarse a los pueblos para la fe.

Y por haber sido fieles a la fe, esos grupos actuaron efectivamente como levadura, y después de tres siglos de persecuciones, en que la Iglesia debería haber quedado destruida (naturalmente hablando), sucedió todo lo contrario: el mundo se despertó cristiano, y se dio paso a la conversión en masa de los pueblos a la fe cristiana.

¿Qué habría sido del mundo si esos primeros cristianos se hubieran desalentado y no hubiesen dado sus vidas por una vida según la fe católica, confiando totalmente en la acción de la gracia? Eso mismo tiene que alentarnos, pues lo que la gracia de Dios pudo entonces en medio de tanta fragilidad, lo puede volver a hacer hoy entre nosotros, católicos que deseamos permanecer fieles a la fe de la Iglesia.

Radiografía de una primitiva comunidad cristiana

En una Hojita de Fe anterior señalábamos, como algo muy significativo para nosotros, el parecido que hay entre las primitivas comunidades cristianas y nuestros propios prioratos. Como la primitiva Iglesia dio tantos santos y mártires a Dios, solemos imaginarla como una Iglesia ideal, en la que todos los cristianos eran santos o casi, donde Dios obraba de manera extraordinaria con el fin de convertir a los paganos. No era tan así, como puede apreciarse por el panorama que San Pablo nos da de una primera comunidad cristiana en su primera Epístola a los Corintios, mostrándola con todas las gracias que Dios le concedía, pero también con todas sus miserias.

Históricamente nos presenta un cuadro admirable de una Iglesia primitiva apenas salida de las aguas del Bautismo, en su disciplina, en su fe y en su moral, con todas las dificultades que la predicación del Evangelio podía encontrar en tierra pagana para subyugar los espíritus, transformar los corazones y adaptarse a las exigencias de la vida pública.

1º Abusos que cundían en la feligresía.

Parte de la primera Epístola a los Corintios se encamina a corregir varios abusos introducidos en la comunidad cristiana. Señalemos tres principales.

1º Divisiones entre los fieles. A veces nos quejamos de la división de criterios que, en diferentes ámbitos, puede haber en nuestras filas. Pero estas divisiones ya tuvo que reprenderlas San Pablo en sus queridos Corintios, que llegaron a formar tres y tal vez cuatro partidos distintos: • *el de Apolo* o de los intelectuales; • *el de Cefas* o de los judaizantes; • *el de Pablo* o de los incondicionales del Apóstol; • y *el de Cristo* o de los que querían desentenderse de todos esos partidismos, pero formando para ello un cuarto bando.

En definitiva, la formación de estos bandos se debe a un espíritu excesivamente humano y deficientemente sobrenatural, que es lo que San Pablo reprocha a los Corintios: en lugar de dejarse conducir por la sabiduría según Dios, la que procede de la fe, se dejan llevar por criterios terrenos, lo cual los hace ser carnales e incapaces de ser conducidos por el Espíritu Santo. ¡Cuántas de nuestras divisiones se deben a lo mismo, a motivaciones personales y terrenas, que ponen rencillas allí donde la caridad y el espíritu sobrenatural deberían establecer la unión y la armonía!

2º Abusos litúrgicos. Inevitablemente, las divisiones anteriores salían a relucir cuando los fieles se congregaban en las reuniones sagradas, con motivo de las comidas fraternas o ágapes que precedían a la vigilia de oración y celebración de la Santa Misa, faltando entonces gravemente a la caridad con aquellos que no eran de su bando; y esas faltas graves llevaban luego a que muchos fieles recibieran indignamente el Cuerpo y Sangre del Señor. Ya que la comunidad no había puesto remedio a tales sacrilegios, Dios tuvo que intervenir personalmente, castigando a algunos miembros de la comunidad con enfermedades y aun con la muerte.

Si por esas faltas contra la caridad se mostró el Señor tan severo con los fieles, ¿cómo pretenden algunos aceptar a la comunión a personas que viven públicamente en adulterio? Su estado es mucho más grave que el de los fieles de Corinto, a los cuales ya amonestaba San Pablo diciéndoles que «quien recibe indignamente el Cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación».

3º Inmoralidad de la vida y de las costumbres. También nos quejamos de las dificultades que la inmoralidad y desenfreno moderno presentan hoy para nuestra vida cristiana. Para conservar la virtud hemos de enfrentarnos a un sinnúmero de ocasiones: cine, televisión, internet, costumbres disolutas, modas indecentes, playas, piscinas, promiscuidad de los dos sexos, escuelas mixtas... Pero eso mismo sucedía en Corinto, ciudad en que la prostitución tenía un carácter sagrado, y en que prácticamente no se daba importancia a la fornicación. No es de extrañar, pues, que los paganos convertidos a la fe tuviesen dificultad en dejar el pecado impuro y mantenerse en guardia contra las frecuentes y abundantes ocasiones.

Y, sin embargo, San Pablo reprende enérgicamente los desórdenes que en esta materia pudieran haberse deslizado entre los fieles, estableciendo los principios eternos que están a la base del deber sagrado de la castidad: • nuestra in-corporación a Cristo: el pecado impuro es un ultraje a Cristo, porque la unión del cristiano con Cristo es comparable a la unión de la esposa con el esposo, y por eso caer en fornicación significa separarse de Cristo y serle infiel; • la inhabilitación trinitaria: el pecado impuro es un ultraje al Espíritu Santo, porque el cuerpo de los fieles es su templo, que la fornicación profana.

2º Consultas hechas por los fieles al Apóstol.

Además de los abusos que el Apóstol debía reprender en Corinto, algunos puntos de la doctrina cristiana no habían quedado suficientemente desarrollados. Sobre ellos preguntan los fieles a San Pablo.

1º Matrimonio y celibato. ¿Qué es más perfecto, casarse o consagrarse a Dios en virginidad? No faltaban en Corinto algunos fieles que, animados por un deseo de perfección mal esclarecido, pretendían renunciar por principio al matrimonio, o si ya estaban casados, a los derechos que les confería su legítima unión.

Sobre este tema, San Pablo inculca la honestidad del matrimonio, declarando que aunque la virginidad es superior al matrimonio, este ha de aconsejarse a la mayoría por regla general para evitar el peligro de incontinencia. Y entre las leyes del ma-

trimonio, San Pablo recuerda a los esposos la obligación que tienen de darse mutuamente el débito, y la absoluta indisolubilidad del matrimonio cristiano: marido y mujer no pueden separarse, mas, si las circunstancias los obligan a hacerlo, no pueden contraer nuevas nupcias.

Para nosotros la cuestión no carece de importancia, aunque en sentido inverso, dado que en los tiempos modernos resucita de nuevo la tendencia a despreciar la vida religiosa y contemplativa, para dar preferencia a los estados activos, a los estados en que supuestamente el cristiano se mezcla más en el mundo para fermentarlo como la levadura.

Sin embargo, San Pablo le da preferencia a la virginidad consagrada; prueba apodíctica, además, de que ya entonces, en el año 54, existía en la Iglesia la vida religiosa, tanto de hombres como de mujeres, ya que San Pablo habla de una virginidad practicada, no por egoísmo, sino para entregar el corazón totalmente a Dios, sin dividirlo con las criaturas.

2º El uso de las carnes inmoladas a los ídolos. La convivencia de los primeros cristianos con la vida religiosa de los paganos suscitó esta segunda consulta: en los sacrificios ofrecidos a los ídolos, una parte de la carne era dejada a la familia que ofrecía el sacrificio, la cual podía consumirla en las dependencias del templo, o llevarla a su casa para servirla en la mesa, o venderla a los comercios. Los cristianos de origen pagano no podían escapar por completo a la manducación de estas carnes, ya sea por ser invitados a alguna fiesta o por algún familiar, ya sea por no conocer la procedencia de las carnes que se les vendían en los comercios. Al respecto se formaron en Corinto dos opiniones opuestas: la de los cristianos esclarecidos, que no veían ningún inconveniente en alimentarse con carnes inmoladas a los ídolos; y otra la de los cristianos timoratos, que veían en dicha manducación un acto de idolatría o de participación a los falsos cultos.

San Pablo contesta que en sí misma, esta carne no está prohibida a los cristianos, pues el cristiano sabe que los ídolos nada son; mas dicho conocimiento no exime del deber de caridad, de modo que cuando la conducta de los cristianos esclarecidos puede ser motivo de escándalo para los cristianos timoratos, les toca a los primeros ceder y resignarse. Esta respuesta sobre un problema al parecer inexistente para nosotros no deja de ser instructiva en cuanto a los principios, a saber, que también en otras materias deberá el cristiano instruido ceder sus derechos cuando su obrar pueda ser motivo de escándalo para otros fieles. La caridad y el bien de las almas deben pasar ante todo.

3º El uso de los carismas sobrenaturales. También esta consulta es de actualidad, sobre todo hoy en que se pretende volver a los carismas como modo ordinario de santificación y vida espiritual. Al principio de la Iglesia, el Espíritu Santo favorecía abundantemente a los fieles con la variedad de sus carismas. Los Corintios eran especialmente ávidos de la glosolalia o don de lenguas, por ser un carisma más impactante.

Pues bien, aunque San Pablo alienta a los fieles a desear de preferencia el carisma de la profecía, por ser más útil que el don de lenguas, también les recuerda: • que